

Un poema de cabeza

«Escribir poemas —me dijo— corresponde a los poetas», de manera que, sin comentar nada, guardé en el fondo del cajón el poema que le escribí y, el día de su cumpleaños, no tuve regalo que darle.

Pensé mucho en sus palabras. En un principio con cierto resentimiento pero, gradualmente, más bien con resignación. Poeta no soy, así que ahí terminaba el asunto. Sin embargo, el poema rechazado por él, es decir, su destinatario, escrito y guardado antes de que él —o nadie— supiera de su existencia, me reclamaba. Parecía decirme: «Aquí estoy»; o: «No me entiendes vivo», porque vivo, me consta, estaba.

¿Qué hacer? Mientras me distraía en esto o en lo otro, una palabra, o un roce que tenía lugar en mi interior, me conducía con urgencia hacia el poema. Agitada, en cuclillas, lo buscaba entre mis papeles y, ciudadosa de que su insospechado destinatario no se diera cuenta, le cambiaba alguna cosa, una coma, el orden de los versos, y reanudaba mi quehacer interrumpido.

El poema en realidad no tiene ninguna importancia. Sucede que en la mañana había visto un par de aretes en una vitrina. Eran unos aretes sin valor en forma de luna, de media luna, de uña de luna, de los que colgaba una pequeña campana sin badajo y, de ésta, una piedra color naranja. Comunes, quizá, entre las adivinas. Imaginé cómo se mecerían cuando los llevara puestos su dueña afortunada; la velocidad, la gracia, determinadas por la calidad del movimiento: si pasos cautelosos, si una huida precipitada. Quiero decir que eran lindos, aunque más detalles de momento no retenga mi memoria.

En cambio, recuerdo que mirándolos, desde este lado de la vitrina, quise tenerlos. Quise sentir que colgaban de mis orejas y que me acompañaban en caminatas que doy, sola, en sueños. Bueno, viéndolos quise también que él —el destinatario de mi poema— me los hubiera regalado. «Toma, he aquí

una sorpresa», me habría dicho. Claro está, sin que antes yo insinuara que existían ni, mucho menos, el deseo de poseerlos. Qué es un par de aretes. O para el caso, qué es un poema escrito por alguien que no es poeta.

Además, confieso que al examinarlos con detenimiento, el detenimiento a que te orilla el misterio, sé bien que me pareció que el fragmento de luna que los aretes representaban veía, sin ojos, sin mirada, hacia el oeste; y sé que el hecho me desencantó. Tanto así que pensé desconcertada que el oeste era cosa del pasado. Creo que incluso lo pronuncié en palabras, con cierta determinación. El poniente oculta la luz; hace desaparecer el sol debajo del horizonte; incita a la noche; el poniente es una orden de la luna vanidosa.

Había apoyado las puntas de los dedos sobre el cristal de la vitrina. Y, antes de mirar los aretes por última vez, me llevé las manos contra las orejas. Después, me retiré, dando la espalda a un par de ilusiones profanas.

BÁRBARA JACOBS